

Luz Marina Rivas



¿QUIÉNES SON Y QUÉ ESCRIBEN?
NARRADORAS VENEZOLANAS DEL
SIGLO XXI

RESUMEN

La narrativa de autoría femenina en Venezuela tiene una gran expansión en los primeros años del siglo XXI. Cuenta con un buen número de escritoras consagradas para la literatura nacional, como Ana Teresa Torres, Victoria de Stefano y Antonieta Madrid. Un grupo de nuevas autoras han surgido. Ciertas tendencias permiten visualizar líneas temáticas: la obsesión por la historia, la insistencia en las representaciones la sociedad venezolana contemporánea a través de incisivas críticas, la urbe y sus crisis en relación directa con las crisis individuales de los personajes y la experimentación de lenguajes.

Palabras clave: Narrativa venezolana contemporánea, autoría femenina.

ABSTRACT

Who are they? What do they write about? Female Venezuelan Narrative in the XXI Century
Female narrative has expanded significantly in the early XXI century. There is a large number of well-known writers in the local literature, such as Ana Teresa Torres, Victoria De Stefano and Antonieta Madrid. A cluster of new writers has emerged. Certain tendencies permit to visualize common themes: obsession for history, insistence on representations of contemporary Venezuelan society by means of incisive criticism, the city and its crisis as directly related to the individual crisis of the characters, and language experimentation.

Key words: Contemporary Venezuelan Narrative, female writers.

Si algo caracteriza la narrativa de autoría femenina en la entrada del nuevo siglo es, por una parte, la veteranía de escritoras como Ana Teresa Torres, Victoria De Stefano, Antonieta Madrid y Laura Antillano, quienes están entre los escritores más importantes del país y quienes junto con otras muchas han hecho del oficio de escribir una profesión que acompaña a una sólida formación universitaria. Nuestras narradoras de finales del siglo XX y aún activas actualmente tienen tanto peso específico como los narradores de género masculino. Ahora bien la entrada del nuevo siglo se caracteriza también por las numerosas nuevas voces se suman con la entrada del siglo a las veteranas, con nuevas preocupaciones y temáticas y reiterando otras. Es notoria la cantidad de publicaciones de autoría femenina que a partir del año 2000 se han sucedido. Cabe destacar el surgimiento de un número importante de nuevas narradoras. Entre ellas, llama la atención un grupo de escritoras, cuyo trabajo académico en las universidades (crítica literaria, antropología, historia) ha dado paso a la creación narrativa: Michaelle Ascencio, Carmen Vincenti, Judit Gerendas y Gisela Kozak y a la eclosión de novísimas narradoras como Sonia Chocrón, María Celina Núñez, Krina Ber, Elisa Arráiz Lucca, María de los Ángeles Octavio, Mónica Montañés y Adriana Villanueva. Este grupo se encuentra generacionalmente entre los cuarenta y los sesenta años. ¿Qué escriben estas nuevas autoras y cómo se vinculan o no con la tradición precedente?

En una primera instancia, puede observarse que la tradición de la memoria histórica, es decir, de la novela intrahistórica, sigue viva, en obras como *En cristales de cuerdas de arena* (2000) y *Las muñecas y el moloch* (2006), de Carmen Vincenti, profesora de Literatura jubilada de la Universidad Simón Bolívar, *Amargo y dulzón* (2001) y *Mundo, demonio y carne* (2005), de Michaelle Ascencio, profesora de Literatura, Antropología e Historia, jubilada de la Universidad Central de Venezuela, y también la primera novela de Elisa Arráiz Lucca, *Te pienso en el puerto* (2004). Las cuatro novelas se caracterizan por recuperar historias nacionales desde las historias particulares de familias. La familia como metáfora y centro de la figuración de la nación es un tema que desde el siglo XX se hacía constante en la narrativa latinoamericana, como muy bien lo observa para el continente la estudiosa Margarita Saona (2004), siguiendo los pasos de Doris Sommer.

Así, *En cristales de cuerdas de arena*, de Carmen Vincenti, novela que juega con múltiples intertextos de la narrativa latinoamericana como estrategia lúdica, desde el mismo título nos remite a "Las ruinas circulares" de Jorge Luis Borges. Se construye en torno a una familia de hacendados del siglo XIX, cuya hija Isabel, casada como Madame Bovary con un conservador médico rural, vive un tormentoso romance con un tío político. La rebeldía de Isabel recuerda más de una vez a la díscola María Eugenia Alonso, de *Ifigenia*. Si bien Isabel no escribe, desahoga su tensión vital en el arte de la cerámica, a través del cual, como María Eugenia, expresa sus emociones. La familia debe vivir los avatares políticos de la época, los problemas de las alzas y bajas del café, las diversas revoluciones que quitaban y ponían gobiernos, mientras se sucedía una historia de amor que juega paródicamente con diversos motivos ya trajinados por las novelas románticas de folletín, como la nana negra que consuela al ama y resguarda sus secretos o las identidades cambiadas de una hija ilegítima. Isabel, como personaje, será retomada como un eslabón de las varias sagas familiares de *Las muñecas y el moloch* (2006). En esta novela, una antigua muñeca que ha sobrevivido en una vieja casona colonial, cuenta las historias de amores contrariados de sus múltiples amas a una muñeca nueva. La casona, adquirida por un escritor que tiene una vida casi de ermitaño, ha albergado a unas tres familias distintas desde el siglo XVIII. Comenzó siendo casa de hacienda hasta quedar luego subsumida por la ciudad. La casa, centro y asiento familiar, en su inmovilidad, resulta testigo de guerras, saqueos, momentos históricos de celebraciones políticas. Es el lugar desde donde se rige y se busca contener la conducta femenina y

es el centro figurado del país. Con los amores contrariados, se suceden las guerras de la independencia, las montoneras, la Guerra Federal, la modernización de Venezuela, el gomecismo, etc.

Siguiendo una línea similar, nos encontramos con la saga familiar de los corsos inmigrantes en el Carúpano de finales del siglo XIX en Venezuela, que se asentaron en el Oriente del país para cultivar y comerciar productos agrícolas se narra en *Te pienso en el puerto* (2004), de Elisa Arráiz Lucca. En esta novela se alternan las perspectivas de diversos personajes de la familia protagonista y se funda una familia extendida a las relaciones ilegítimas de los hombres con las criadas de la casa. Se producen los choques culturales, la extrañeza de las mujeres corsas frente al mundo de las criollas; se suceden los periodos de paz con los de guerra, los enfrentamientos entre hermanos, los amores secretos, los intercambios con Europa. Contrasta la languidez enfermiza de la corsa con la saludable voluptuosidad de la criolla.

Esta novela de los inmigrantes que llegan a Venezuela contrasta con *Amargo y dulzón* (2002), de Michaelle Ascencio, también novela de inmigración pero al revés: Altina, quien vive en una ciudad caribeña llamada Santiago de León, es decir, Caracas, regresa en busca de sus raíces a la casa de sus mayores en Cibao, es decir, Haití. Llega sedienta de historias y, a través de las historias narradas por la vieja criada Finelia en la cocina y por las tías, reconstruye un país desconocido cuya historia se comprende desde las vivencias de la familia, que ha sufrido los rigores de la tiranía dictatorial de Duvalier, llamado Duvamal en la novela. La familia se refugia como los demás haitianos en la vieja sabiduría del vudú, y también como ellos, procede de un mestizaje múltiple en el que es posible encontrar como figura fundacional a un vasco solidario con la independencia haitiana, a una indígena cuna de Panamá y a una francesa de ojos azules, que como extranjeros a su vez, tuvieron formas muy distintas de integrarse al país. La esclavitud originaria marca también a la familia y al país. De dónde se procede, quién fue el primer esclavo que adoptó el nombre del amo, son preguntas sin respuesta. Sin embargo, Altina, al reencontrarse con la familia, con la vieja casa, con las mujeres de su núcleo original se reencuentra a sí misma y se continúa en su hija. La vieja casa de Cibao es el hogar al que se regresa.

Finalmente, en *Mundo, demonio y carne* (2005), a través de dos familias distintas, Michaelle Ascencio reconstruye una época: la de la dictadura de Antonio Guzmán Blanco en Venezuela, en la segunda mitad del siglo XIX. Una joven, a quien sus tíos y tutores quieren despojar de su dote, es enviada al Convento de las Carmelitas como novicia,

supuestamente en castigo por un amor prohibido. En el transcurso de su noviciado, el dictador expropiará por decreto todos los conventos y la joven, Manuela Alzuru deberá retomar su vida fuera del claustro bajo la protección de la familia de la Madre Teresa de San Alberto, una priora que comprende que la joven Alzuru no tiene ninguna vocación religiosa. En el desarrollo de la novela, la familia conservadora y tradicional de la priora, va mostrando los cambios del país en el desarrollo de los personajes. De esta manera, si bien los Natera desean encontrarle a Manuela un pretendiente digno de su clase social, Olegaria, hermana de la matrona, ya viuda, buscará tener un negocio propio y se casará por segunda vez, con un extranjero, científico, además. Las corrientes modernizadoras van permeando la sociedad y cambiando a las familias, mientras en la calle, en los bares, en las tertulias, la política conmociona a los personajes. Contrasta el convento de los altos muros, vuelto hacia adentro, suspendido en la Colonia, con la vida de las ciudades, que despiertan al comercio, al consumo, al intercambio con el extranjero y a nuevos valores liberales de la burguesía. En esta novela, la casa, que es su herencia, le es quitada a la protagonista, que eventualmente la recuperará. Por otro lado, las casas indican cómo cambia el país. Así, Olegaria convertirá la suya en una pensión; Manuela se reapropiará de la suya cambiando los muebles. Las monjas que salen del convento de clausura serán devueltas a sus casas o irán a las casas de familias acomodadas, donde vivirán vidas seculares.

Todas estas novelas intrahistóricas, que indagan en el pasado nacional tienen en común genealogías que siguen las líneas femeninas y el redimensionamiento de la importancia del espacio doméstico como lugar desde el cual se mira la historia. La casa, el lugar físico donde se asienta la familia, se relaciona directamente con la posición social de la familia en la sociedad. En tiempos de esplendor o de decadencia, la casa se carga de significaciones según esté en el campo o en la ciudad, en un lugar céntrico o periférico, lo cual cambia en distintos momentos históricos. Los cambios de la casa son entonces, también, los cambios de la ciudad y, lateralmente, del país. La casa muestra los cambios culturales, de costumbres, políticos y económicos. Por otra parte, estas novelas otorgan un papel preponderante a la oralidad como discurso historiográfico alternativo. Son voces no autorizadas las que cuentan la historia: las mujeres en la cocina o en la intimidad de las habitaciones, o en una choza apartada, como lo hace una de las monjas de clausura a su sobrino Reinaldo Solar en *Mundo, demonio y carne*. Se trata de historias no oficiales, de historias parciales en las cuales los

protagonistas sufrientes de la historia son los perfectos desconocidos de la familia, en particular, las mujeres. Con frecuencia la historia oficial llega de manera difusa, más que como discurso, como vivencia fatal a los personajes de estas novelas. Se supone que las mujeres no saben de política; en efecto, no entienden de política los personajes femeninos de otros siglos, pero resultan víctimas de la misma. Todas estas características dentro de esta tendencia de la memoria histórica, se vinculan con la producción de Ana Teresa Torres, en particular las novelas *El exilio del tiempo* (1990), *Doña Inés contra el olvido* (1992) y *Me abrazó tan largamente* (2005). Igualmente se emparentan con *La casa en llamas* (1989) y *Mata el caracol* (1992), de Milagros Mata Gil.

¿Qué sucede cuando la casa, que es metáfora del país, se derrumba o no se tiene? Si bien la memoria histórica resulta una veta importante para las narradoras del siglo XXI, también la preocupación por el presente venezolano se despliega en diversas novelas, en las que el tema urbano se hace ampliamente relevante, entre ellas *Latidos de Caracas* (2006), de Gisela Kozak, reelaboración de su novela *Rapsodia* (1998) y *Noche oscura del alma* (2005), de Carmen Vincenti. La novela de Kozak es una especie de homenaje a Caracas como ciudad que languidece. La ciudad es la gran protagonista muda, mirada por Sarracena, una arquitecta de veintinueve años, que no ha logrado cristalizar sus sueños de transformar el entorno urbano en un lugar amable. Su visión de la ciudad le va recordando a cada paso la historia de los lugares y los edificios. Es, sin embargo, una visión de un presente desesperanzado, para el cual "todo tiempo pasado fue mejor", que corresponde a los primeros noventa, cuando la quiebra bancaria sacudió la economía del país y puso en evidencia una grave crisis, cuyos signos ya estaban presentes antes, en el deterioro progresivo observado por esta joven sin casa propia, sin carro, con un empleo de poca importancia en un ministerio.

A lo largo de la novela, se va desarrollando una inusual historia de amor entre Sarracena y Andrés, un joven diez años menor que ella. Esta historia, con sus encuentros en distintos lugares de la ciudad, sirve de pretexto para múltiples recorridos por los espacios urbanos y para que Sarracena emita juicios sobre los mismos. El amor de los jóvenes, por la diferencia de edad, no parece tener futuro; se hace metáfora del país, un país de futuro incierto, que se vive como presente angustioso. La ironía del lenguaje refuerza la crítica a un país con malos gobiernos que ve deshacerse los sueños de modernidad. Curiosamente, uno de los temas de la novela es la falta de casa de Sarracena. Ella vive

“arrimada” en el apartamento del hermano y la cuñada, en la Avenida Victoria de Caracas. El paisaje que contempla por la ventana es el de la proliferación de ranchos en los cerros de la ciudad, casas precarias, casas incompletas, muchas veces a merced de las lluvias y el consiguiente desbordamiento de las quebradas que las arrasa. La falta de vivienda se hace crítica para esta arquitecta que, por las circunstancias, está también impedida de construir casa alguna.

Por su parte, en *Noche oscura del alma*, de Carmen Vincenti, se trabaja la llamada “Tragedia de Vargas”, en Venezuela, es decir el fatídico acontecimiento de las vaguadas que inundaron el estado Vargas en diciembre de 1999 y que provocaron un número aún incuantificable de muertos y desplazados. Aun cuando la estructura de la novela alterna capítulos titulados con adverbios de tiempo, *Ahora, Cuando, Mientras, Siempre o Nunca, Durante, Entonces, Mañana, Después*, el pesimismo de la novela va mostrando la tragedia como símbolo del desmembramiento del país. Se cancela el futuro; se muestra imposible por los proyectos políticos que parecen también vaguadas que deshacen todas las seguridades de lo conocido y se encapsulan en discursos de lugares comunes que nada tienen que ver con las múltiples pérdidas en lo cotidiano y las decisiones de emigrar de los personajes. El pasado también se cancela en la desmemoria del colectivo. La tragedia es narrada en diversas voces: la de la protagonista, una joven que es arrastrada por los acontecimientos mientras pasaba una temporada en el litoral para sanar las heridas de la muerte del padre y de una ruptura amorosa, la de un narrador omnisciente, que desde la distancia elabora la vida anterior del personaje, marcada por los cambios políticos del país que llevaron a la presidencia al Teniente Coronel Hugo Chávez, y las voces de las crónicas periodísticas y las noticias que dan cuenta de los eventos: primero, la tragedia, y luego la vida cotidiana del país que entierra en el olvido el pasado. También aquí resultan arrasadas muchas casas. La gran tensión de la novela ocurre cuando la protagonista debe salir a la intemperie y hace un viaje a pie entre ruinas y muertos para tratar de llegar a Caracas. Resulta más seguro salir a la intemperie que quedarse en la casa.

Ambas novelas tienen ecos del presentismo de la novela *Nocturama* (2006), de la veterana Ana Teresa Torres, donde se intenta un relato de ciencia ficción que no puede desprenderse del todo de los sucesos políticos y la violenta represión de las marchas políticas en contra del gobierno a partir del año 2002, así como de la ciudad sitiada por el hampa y por hordas de extremistas políticos. El presente incierto,

violento, marcado por los cambios políticos, es uno de los temas de la actual narrativa venezolana. Ulises Zero, el protagonista, despierta un día en un hotel extraño en un estado de amnesia severa. No recuerda quién es. El sitio, que no es casa, sino lugar de paso, envejecido, de muebles raídos y persianas polvorientas, le resulta extraño. Sin embargo, a lo largo de la novela intentará convertirlo en casa. Cuando descubre que aparentemente tiene una habitación a su nombre en un hotel de lujo en otro lado de la ciudad, prefiere, desesperadamente, regresar a la del hotel de mala muerte donde despertó, al punto que lo alquila por un año entero, que no llegará a cumplirse. El lugar será asediado por hombres armados y violentos que lo destruirán. Destruirán esa casa precaria, lugar de tránsito, de un personaje perdido en el mundo por su falta de memoria, por lo tanto sin identidad, ni familia, ni casa de verdad. La ciudad nunca nombrada, pero siempre referida para el lector avisado, es metáfora del país, como es la alegoría de Nocturama, ese pequeño pueblo que también ha olvidado su pasado, cuya historia se narra en paralelo con la de Ulises, donde siempre es de noche, donde se espera llegar a tener un héroe para levantarle una estatua que les dé historia e identidad; sin embargo, cuando el héroe llega, trae con él la destrucción del pueblo. Esta novela, presentada como la incursión de la autora en el género de ciencia ficción, muestra el presente venezolano como si fuera ciencia ficción: la exageración de la violencia y la anarquía parece devolvernos los periódicos de cada día. La ficcionalización del presente resulta un texto onírico, cercano a la pesadilla, que va mostrando la odisea de este Ulises por una ciudad donde hay marchas por las autopistas, donde es fácil perderse, donde resultan naturales y cotidianos los asaltos con armas largas de hombres con pasamontañas, donde los niños pobres se drogan y se asesinan en los corredores oscuros de calles que pueden reconocer los lectores que conocen Caracas.

En *La balada del bajista* (2006), de Judit Gerendas, un joven rockero es asesinado gratuitamente por un zagaletón que lo apuñala. Para rendirle homenaje, sus compañeros de banda lo sacan de la funeraria y lo llevan a la casa de uno de ellos. El cadáver, sentado en una silla, sin mirada, mientras sus amigos le tocan canciones, en cierta forma hace de la casa una funeraria.

Hay una forma de digerir este presente angustioso que abre otra veta de creación. Se trata de la re-creación del policial, con características muy especiales. Abrió para las autoras de este género la novela *Y la sombra como siempre detrás de sí misma* (2001), de

Carmen Vincenti, en la cual el misterio de la muerte de un hombre en un supuesto atraco es motivo de conversación de un grupo de señoras de clase alta. La resolución del misterio tendría relación con las oscuras y tediosas vidas de estos seres vacíos, sin propósitos ni futuro. Por otra parte, las novelas de misterio pueden ser divertimentos que exploren la inteligencia femenina en terrenos antes vedados al género, como sucede en *El corazón del otro* (2005), de Ana Teresa Torres, que elige como protagonista a una canadiense que vive en Venezuela y que resulta investigadora amateur para investigar la desaparición de su hijo. Jugando con múltiples intertextos de la literatura universal y del cine, la protagonista encuentra claves que le ayudarán a resolver el misterio. Curiosamente, también esta novela plantea problemas de identidad, cuya resolución será la resolución del misterio. Llama la atención que las claves están en la situación de orfandad de muchos de los personajes. Por otra parte, la protagonista está lejos de su hogar. Vive en Caracas, en un apartamento modesto con la amenaza de una inmensa filtración que parece inundarlo. De nuevo la casa está en peligro. Siguen a esta autora emblemática, la novela *Perlas falsas* (2006), de Mónica Montañés y *El móvil del delito* (2006), de Adriana Villanueva.

En ambas, que se hacen también novelas urbanas, se vislumbra el sentir de la clase media caraqueña, en medio de los cambios políticos, las familias que emigran al exterior -es decir, dejan sus casas, las venden y se van- y un tedio vital que inmoviliza a las protagonistas, un ama de casa con un pequeño bebé, en el caso de Montañés, y una fotógrafa con un pequeño estudio, en el caso de Villanueva. Sus vidas son rutinarias y anodinas hasta que cada una de ellas, por ser testigos fortuitos de una muerte y de la planificación de un robo, se convierten también en investigadoras por su cuenta. *Perlas falsas* buscará la explicación la extraña muerte de una vecina que supuestamente ha sido víctima de un atraco, pero que ha muerto por su propia mano. Los problemas de pareja, la convivencia de los vecinos de cualquier edificio de Caracas, las vidas ajenas, la oralidad caraqueña en su despliegue más auténtico y el humor de la autora van mostrando la vida cotidiana caraqueña como una vitrina de sus pequeñas miserias y contradicciones.

El móvil del delito, desde el presente de un país sin garantías, del que amigos y vecinos emigran, revive los sueños de un grupo de jóvenes de los tempranos ochenta, que hicieron la promesa de robarse un móvil del artista Alexander Calder de la Universidad Central de Venezuela, para salvarlo del deterioro. Veinte años después, la noticia del robo del móvil y su sustitución por uno falso, lleva a la protagonista a investigar

el misterio de esa desaparición. En el desarrollo de su búsqueda de los culpables, se va viendo el deterioro de la ciudad, las preocupaciones de la clase media por la situación política y el ascenso económico de los nuevos representantes del gobierno. La crítica a la situación política se va elaborando entre líneas, en medio de una novela bien estructurada y bien contada. Cabe destacar el muy bien trabajado personaje de la "Ñángara", la que en otro tiempo fue una convencida izquierdista, quien goza veinte años después de las prerrogativas económicas producto de la corrupción escandalosa de un gobierno que se dice de izquierda. También en esta novela aparecen casas en deterioro. Así, la casa de uno de los supuestos culpables del robo ha perdido el esplendor de los tiempos en que era el hogar de su tía. La grama crecida, la falta de muebles, el descuido general, se describen en contraste con otro tiempo. La casa ha dejado de ser un hogar para convertirse en lugar de paso de los personajes. Finalmente, la protagonista, en pos de un cambio radical en su vida, abandonará su propia casa.

Tienen en común estas novelas la feminización del género policial. Tenemos como protagonistas a mujeres sorprendidas por el misterio, intensamente curiosas, para quienes el delito investigado se convierte en obsesión, para quienes no sólo la inteligencia, sino la intuición y la sensibilidad por los sentimientos de los otros resultan claves para resolver los misterios. Si el escenario de cada una de estas tramas es el país, su situación política y social sigue permeándose entre líneas, críticamente. Como novelas, tienen estructuras sencillas, de fácil lectura; anécdotas bien contadas sin grandes pretensiones, con un buen manejo de la oralidad caraqueña en sus múltiples diálogos.

La narrativa urbana tiene también un gran cauce en el género cuento. Cabe destacar la obra *Cuentos con agujeros* (2004), de Krina Ber, venezolana de origen polaco, que ganó el Concurso de Autores Noveles de Monte Ávila Editores en 2004 y el Concurso de Cuentos del diario El Nacional de 2007. En los cuentos de este libro se habla de los desarraigos del inmigrante, de la sensibilidad de la clase media venezolana y se exploran los espacios de la ciudad desde la mirada aguda de esta autora, arquitecta de profesión. Vale la pena destacar en este volumen los cuentos "Benjamín y la caminadora", que muestra las obsesiones de un hombre pasado de años y de kilos, con una vida gris, que se obsesiona en conocer la ciudad de un video que acompaña a su máquina caminadora con la que hace ejercicios porque es inseguro caminar por la ciudad real. Curiosamente, el tema de la casa tiene un tratamiento totalmente distinto en esta autora de

origen extranjero. Describe con prolijidad los apartamentos que son hogares en el cuento que se titula "Agujeros" en el que varios vecinos, el zapatero que arregla zapatos en la esquina y uno que otro testigo, narran la historia de amor de una profesora de inglés y un comerciante, vecinos de un conjunto residencial en el corazón de la ciudad, que abren agujeros en la pared que separa sus apartamentos para vivir una pasión desenfrenada que nada tiene que ver con su vida de vecinos que se saludan circunspectamente en el ascensor. La descripción del conjunto residencial en el que abundan los jardines, los árboles y los pájaros resulta inusitada en el conjunto de la narrativa urbana contemporánea.

Por su parte, el cuento ganador del concurso del diario El Nacional, "Amor", se introduce en la vida conyugal tranquila de una pareja mayor, que tiene veinte años de matrimonio, y logra una trama interesante a partir de la nada que supone la felicidad sosegada de quienes comparten una cotidianidad como cualquier otra. Llama la atención el lenguaje bien cuidado y sopesado de esta autora, cuya lengua materna no es el español, así como la capacidad de observación de los detalles, que generan descripciones muy creíbles. Algunos de los cuentos, ambientados en Europa, relatan historias de niños para quienes la guerra está muy cerca, en la memoria de los mayores o como acechanza del mal de manera metafórica. Cerca de esta producción están las historias de individuos solos, de parejas desencontradas de los *Cuentos de seducción* (2005), de Carmen Vincenti, que indaga en las psicologías de personajes urbanos, de clase media, en sus sueños y rutinas. Más ligeramente, lo hace Mónica Montañés, con sus *Veintitantos amores y pico* (2004), relatos de amores de pareja, con ecos de *Mujeres de ojos grandes* (1990), de la mexicana Ángeles Mastretta. Montañés ha sido famosa por su célebre obra teatral *El aplauso va por dentro* (1997), presentada en diversas ciudades del mundo con gran éxito. Estos cuentos parecen continuar humorística visión de la psicología de las mujeres contemporáneas.

Es posible también evadir la angustiada situación del país a través de desplazamientos en el tiempo y en el espacio, como las ficciones futuristas de Gisela Kozak en los cuentos de *Pecados de la capital* (2005), por ejemplo aquel en que describe con gran ironía imagina mundos donde es ilegal la gordura o la fealdad. Estas fantasías son críticas mordaces a la cultura de masas. Algunos escenarios de sus cuentos no están en Venezuela, sino en Venecia u otras capitales. Por otra parte, esta autora, en particular, es pionera en la narrativa *queer*: asume el género

desde la homosexualidad. Igualmente, Sonia Chocrón, con sus *Falsas apariencias* (2004) elabora ficciones grotescas que sorprenden al lector, quien siguiendo falsas pistas es atrapado con resoluciones inesperadas; así "La señora Hyde" en juego con la novela de Robert Louis Stevenson (1886) cuenta la transformación de la narradora en una "zorra", una mujer ansiosa de experiencias sexuales límites, que al final resulta ser un transformista. Sus personajes se mueven en lugares no identificados o en ciudades no venezolanas como Madrid, Miami o Estalingrado. Se trata de seres errantes, sin casa. Estas autoras se deleitan en la construcción de mundos ficcionales alternos con personajes inusitados, estructuras que prolongan la tensión narrativa en relatos que avanzan morosamente y en el juego con lo grotesco. De una manera menos dramática, María de los Ángeles Octavio inventa ficciones fantásticas en sus cuentos de *Exceso de equipaje* (2004), en los cuales irrumpe lo fantástico, como en el cuento que da título al libro, en que el vacío de una vida hace las maletas de quien la vive muy pesadas, o la anécdota de una mujer que es pescada hacia otra dimensión con un anzuelo de chocolate y fotografiada como trofeo mientras muere rodeada de una familia sonriente.

Pareciera, entonces, que la nueva narrativa de autoría femenina, en general, asume el género como perspectiva de la narración, ha dejado atrás la experimentación lingüística para privilegiar la anécdota, construir tramas inteligentes y devolverle a la literatura su papel lúdico a través de los juegos de intertextualidad, el humor -con frecuencia humor negro- y el rescate del diálogo con todos los matices dialectales y registros posibles. Sus temáticas abarcan la indagación histórica y la preocupación por la situación política y social del país, de acuerdo con una tradición que comenzó en el siglo XX. Interesa también la reflexión sobre la ciudad como signo de esa situación y la reflexión sobre sus habitantes, su idiosincrasia y su cultura urbana, en particular de las mujeres. Sin dejar atrás estas preocupaciones, se observa la construcción lúdica de novelas policiales. Otra tendencia es la de filtrarse por los muros de la intimidad de casas y apartamentos urbanos, para explorar la cotidianidad de hombres y mujeres de este siglo, las nuevas formas de relación de pareja, las relaciones con los hijos y con el trabajo. Por otra parte, algunas autoras prefieren evadirse de su país, experimentar otredades, construir personajes extraños e imaginar situaciones absurdas, buscando sorprender al lector. El humor es la gran herramienta.

El rastreo del tema de la casa en la producción contemporánea arroja interesantes observaciones. La casa, para las novelas que recuperan el pasado, es el eje de la historia, el país en pequeño, lugar a partir del cual la nación se comprende y lugar de la enunciación de una historia alternativa. Para muchas de las ficciones del presente venezolano, la casa parece metáfora del país: se destruye, se la abandona o no existe; es sustituida por lugares de tránsito. En otras ficciones se elaboran escenarios lejanos o fantásticos. Sólo en contados casos, la casa es lugar de sosiego y protección.

Hay una producción febril tanto de hombres como de mujeres. El panorama literario venezolano ha despuntado, en particular en narrativa y poesía. Dentro de él, las escritoras tienen ya peso específico. Cabe anotar también que se ha ampliado el público lector y, probablemente, esto determina también la necesidad de abrirse a escrituras más ligeras. Este trabajo ha intentado mostrar una síntesis de las nuevas narradoras, pero las veteranas aún siguen produciendo obras de gran calibre. Hay buenos augurios para la narrativa venezolana, que tiene ahora el reto de su internacionalización.

Bibliografía

- Arráiz, Lucca, Elisa (2004). *Te pienso en el puerto*. Caracas: Ala de cuervo.
- Ascencio, Michaelle (2001). *Amargo y dulzón*. Caracas: La Casa de Las Letras.
- Ascencio, Michaelle (2005). *Mundo, demonio y carne*. Caracas: Alfadil.
- Ber, Krina (2004). *Cuentos con agujeros*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Ber, Krina (2007). "Amor" en *Papel Literario de El Nacional*. Domínguez, 11 de agosto.
- Chocrón, Sonia (2004). *Falsas apariencias*. Caracas: Alfaguara.
- Gerendas, Judit (2006). *La balada del bajista*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Kozak Rovero, Gisela (2006). *Latidos de Caracas*. Caracas: Alfaguara.
- Kozak Rovero, Gisela (2005). *Pecados de la capital*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Montañés, Mónica (2004). *Veintitantos amores y pico*. Bogotá: Ediciones B.
- Montañés, Mónica (2005). *Perlas falsas*. Bogotá: Ediciones B.
- Octavio, María Ángeles (2004). *Exceso de equipaje*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Rivas, Luz Marina (2004). *La novela intrahistórica*. Mérida, El Otro, El Mismo.
- Saona, Margarita (2004). *Novelas familiares. Figuras de la nación en la novela latinoamericana contemporánea*. Rosario, Beatriz Viterbo.
- Torres, Ana Teresa (2005). *El corazón del otro*. Caracas: Alfadil.
- Torres, Ana Teresa (2006). *Nocturama*. Caracas: Editorial Alfa.
- Vincenti, Carmen (2000). *En cristales de cuerdas de arena*. Caracas: Editorial Memorias de Altigracia.
- Vincenti, Carmen (2001). *Y la sombra como siempre detrás de sí misma*. Mérida: El otro, el mismo.
- Vincenti, Carmen (2006). *Cuentos de seducción*. Bogotá: Panamericana Editorial.

- Vincenti, Carmen (2006). *Las muñecas y el moloch*. Mérida: El otro, el mismo.
- Villanueva, Adriana (2006). *El móvil del delito*. Caracas: Ediciones B Venezuela.
- Rivas, Luz Marina (2004). *La novela intrahistórica*. Mérida, El Otro, El Mismo.
- Saona, Margarita (2004). *Novelas familiares. Figuraciones de la nación en la novela latinoamericana contemporánea*. Rosario, Beatriz Viterbo.